

¡PLOP!

(un cuento de mierda)



Maximiliano A. Chiaverano

EDITORIAL
LH

Si aquel traidor vendido de Saifer no hubiera abierto la boca, él no tendría que estar escapando como laucha. Porque debía ser simple, un trabajo simple. Pero alguien metió la pata y todo se fue a la mierda. Curiosamente, Leonardo Sabreli pensaba en mierda mientras atravesaba la pista del boliche hacia el baño.

Abrió la puerta de una patada y por el hueco se filtraron gritos y música ensordecedora. El baño de hombres estaba vacío y Leo cayó adentro empujado por la desesperación. Patinó en el piso mojado como un dibujito animado. Cerró la puerta y buscó un pestillo, una tranca, pero no, no había forma de trabar la puerta para evitar que entrara. Puteó. No tenía tiempo. Pronto, el que le perseguía vendría al baño a terminar con él. Tenía que cagar antes. Cagar era su única chance de sobrevivir.

Se volvió y contempló por pocos segundos la estancia. Una lamparita sin plafón iluminaba apenas la habitación de estrechez claustrofóbica. Las paredes, de color hepático, exudaban, chorreaban, parecían condensar miles de meadas de químicos y alcohol. Los ojos le ardieron, las fosas nasales le picaron por el ácido. Ahí a la derecha estaban los mingitorios o debían de haber estado. Pero los habían arrancado de cuajo. Una canaleta corría paralela a la pared por la que esporádicamente fluía un hilo de agua que arrastraba las meadas. A la izquierda, tres cubículos. Le dijeron que encontraría el fierro en el tercero, sobre la cisterna. Lo demás dependía de él. Pasó delante de los dos habitáculos vacíos y fue hasta el del fondo.

Tanto la puertita como las paredes internas estaban llenas de inscripciones, mensajes, insultos, frases y dibujos negros hechos a fuego de encendedor. Adentro del pequeño espacio el tufo era peor. Más concentrado. Leo se sobrepuso a las náuseas. Cerró la puertita y le mandó pasador. Se sintió ridículo haciendo esto pues la tabla de madera con bisagras no era casi nada, un soplido bastaría para abrirla.

La cisterna era un tanque de losa amurado a la pared sobre el inodoro. Leo trepó, pisando los bordes resbaladizos del sanitario. Tanteó buscando el arma. Por unos segundos creyó que le habían engañado. Pero no, la pistola estaba ahí. La examinó unos segundos y la dejó en el suelo. Bien. Ahora tenía que cagar. No iba a ser fácil, de haberlo sabido con tiempo hubiera llevado una dieta rica en fibras o hubiera tomado algún laxante.

Se bajó los pantalones y sin llegar a apoyarse en el vaso mugriento, empezó a hacer fuerza. No salía.

Una vez tuvo que presentar un trabajo práctico en la universidad. Minutos antes le dieron cólicos y unas desubicadas ganas de cagar. Lo mismo le pasó en la primera cita con una chica de la facultad. Minutos antes de verla, los nervios le retorcieron el estómago provocándole tremendas ganas de evacuar. Ahora, mucho después, en un baño asqueroso, cuando realmente lo necesitó, la tensión le provocó un efecto inhibitorio.

El inoportuno estreñimiento estaba a punto de matarle.

Qué decir del Hielo líquido que le recorrió la espina dorsal cuando escuchó abrirse la puerta del baño, seguido por un carraspeo y pasos arrastrados. Pasaron interminables segundos en los que Leo se preparó para recibir el impacto. No hubo tal. En su lugar, una arcada, acompañada de un sonido como de baldazo de agua, que en realidad era vino tinto

salteado con pedacitos de comida mal digeridos que Leo vio llegar flotando por debajo de la puertita de su cubículo. Fue desagradable, pero tranquilizante. Se concentró, apretó los dientes y el bajo vientre, amenazó a sus intestinos, después de todo si no respondían morirían con él. Había leído que ya hace cuatro mil quinientos años los egipcios afirmaban la presencia de un cerebro intestinal. Si era cierto que teníamos un segundo cerebro ahí, era hora de que este reaccionara y largara su carga de mierda antes de que el otro llegara. Era simple: cagar para vivir.

¿Dónde estaba el jugo de ciruela de la abuela que le mandaba al baño a los diez minutos? Qué brebaje, qué bálsamo hubiera sido en aquel momento de extrema necesidad de vaciar las tripas. Pero ni había ciruela ni abuela ni bálsamo ni nada. Se concentró, pujó, pujó, pujó, pero aquella porquería no le nacía, por el contrario, para su desgracia se obstinaba en quedarse dentro. Con cada esfuerzo vano, perdía las esperanzas.

El dueño del vómito de vino meó y abandonó el lugar tras una ráfaga de sonidos, como si al baño se le destaparan de pronto los oídos y volvieran a tapársele.

Pero lo más tapado eran sus cloacas, sus 5 o 7 metros de manguera enrollada, apretujadas por los nervios.

Tengo que relajarme, y soltar. Soltar.

Cosas que se sueltan... Una mano que se abre, cae de ella una piedra, que cae a un río, el mismo río de una sierra cordobesa donde soltaba barquitos de papel en su infancia, los soltaba y se iban. Puso uno, la corriente se lo quiso arrebatarse de las manos y él sorprendido, feliz, con su hermano menor que le decía ¡soltalo! ¡soltalo!... Pero no, Leo no quiso soltarlo, ni al barco ni mucho menos a su hermano.

Hermanito...

Todo esto era por él. Lo tenían ellos, y si Leo no cumplía, seguro le iban a torturar sin dejarle morir, como bien sabían hacer esos sádicos hijos de puta. No le quedó opción. Antes de entrar se las dieron, pequeñas, cuatro, recién hechas. Se las tragó. Todavía estaban calientes. Después entró y esperó instrucciones. Pero en vez de eso, todo se fue al carajo. Un tal Víctor Saifer, cuyos códigos se dieron vuelta como una media (tras un incentivo de varios ceros, más una dudosa garantía de inmunidad) motivó al que iba a ser víctima a convertirse en victimario, en cuyo caso no le era muy difícil, pues ya era una bestia de por sí.

Leonardo Sabreli conocía más o menos la reputación de *la bestia*, y hubiera preferido conocer menos que más. De hecho, ese mínimo conocimiento ya era suficiente para no quererle en su contra.

Se apretó el bajo vientre con ambas manos para facilitar su misión. Recordó lo de la posición correcta para cagar, lo de ponerse en cuclillas para alinear el colon, pero lamentablemente en su caso era impracticable. A riesgo de generarse hemorroides, hizo fuerza, empujó y empujó. Sus músculos abdominales se tensionaron de tal manera que

lograron hacer asomar la punta del tan esperado sorete. Leo no aflojó, sino que apuró un poco más, hasta que... ¡plop! El maldito cayó salpicándole las nalgas, pero no le importó. Sus esperanzas se renovaron.

Se arrancó un girón de la camisa, se limpió el culo y se subió los pantalones. Al instante cayó en cuenta del error. Tendría que haber cagado afuera. Tal parecía que la cadena que colgaba de la mochila era de adorno. Los anteriores usuarios habían depositado sus respectivas mierdas, dejándolas ahí, flotando, o salpicadas en las paredes interiores en forma de diarrea explosiva. Leonardo puteó, puteó, puteó, pero no podía esquivar la desagradable tarea que tenía por delante. Sin perder más tiempo, se arremangó dando inicio a su exploración escatológica subacuática en los oscuros miasmas del retrete. Fue lo más desagradable que hizo en su vida: remover mierda ajena para distinguir entre un amplio abanico texturizado de soretes, el suyo propio. Fue relativamente fácil, ya que por el peso extra, estaba en el fondo y aún caliente. Era bastante compacto y tenía un leve olor a hierba podrida, resultado de una reciente comilona bien condimentada. Lo sacó intacto, depositándolo a un lado, en el suelo, donde parecía una gruesa anguila deforme recién pescada. Otra vez, se abrió la puerta del baño, pero despacio, sin violencia, con cautela. Faltaba aceite y el chirrido le rompió los nervios a Leonardo Sabreli. El que acababa de entrar no venía a mear, ni a cagar, ni a vomitar vino tinto con barquitos. Venía buscando una víctima. Apenas entró, empezó a esnifar. Al principio Leo quiso creer que se trataba de uno de esos yonkis tan populares que frecuentaban aquel antro.

Con manos de párkinson, desarmó el sorete para dejar a la vista los pequeños proyectiles plateados en su interior. Se le salía el corazón, el de afuera caminó, acercándose al tercer box. Leo lo confirmó: el supuesto yonki no estaba esnifando cocaína, olfateaba un rastro.

Secó las balas con la remera e intentó una maniobra contra su temblequeante problema en las manos. Su pulso se aceleró. Desde afuera llegó un sonido gorgoteante de cañerías descompuestas que creció hasta retumbar en toda la estancia. Con el gruñido bestial se aflojó revoque del techo que llovió sobre la cabeza de Leonardo, quien tomó aire y concentró las energías de su mente en dejar de temblar. Lo consiguió, y la bala de plata, lubricada especialmente, se deslizó en la recámara. Grandioso instante en el que la puertita del box voló hacia atrás con un ruido astillado que sonó a huesos rotos.

Leonardo apuntó a la cabeza de la cosa que se asomó...

<ANDATE A CAGAR HIJO DE REMILPUTA>

Y apretó el gatillo.

“¡PLOP!” Cuento publicado por primera vez en el Nº 10 de la revista “The Wax” (junio 2018)